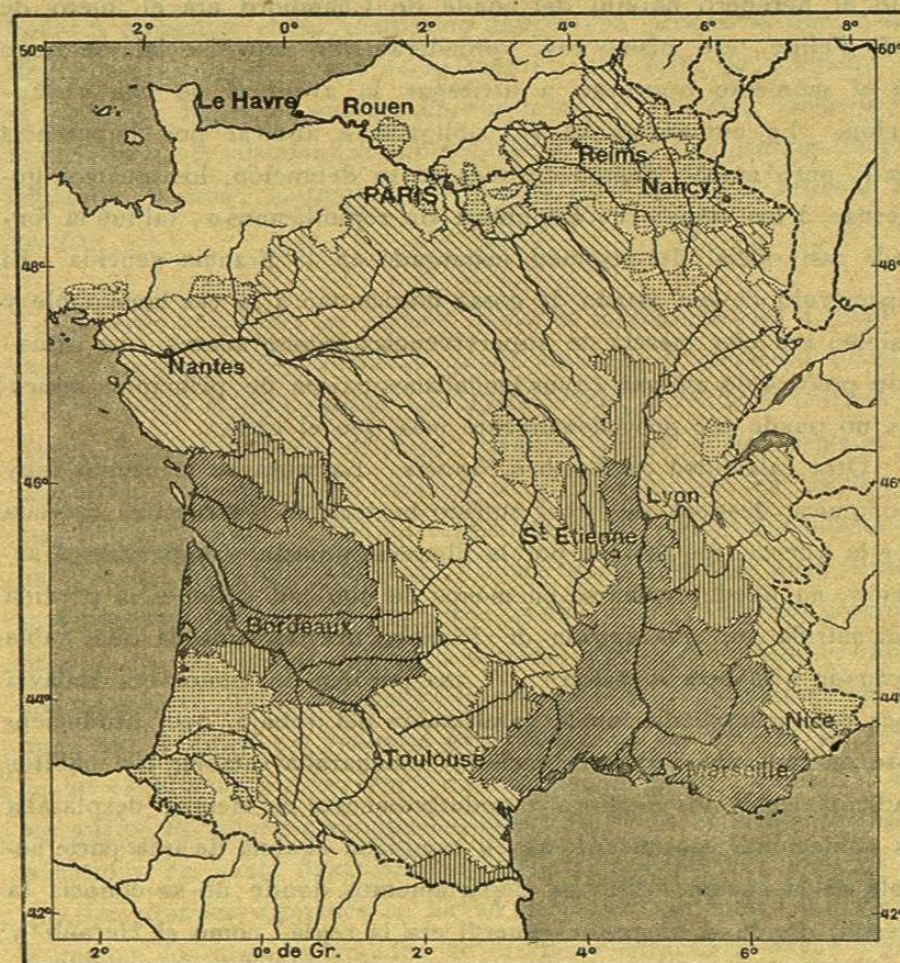


dividida en sus intereses para que le fuera posible emanciparse de la «madre patria» mientras existieran allí negros esclavos. Los «peninsulares», es decir, los nacidos en España, mercaderes ó funcionarios, que habían ido á explotar á los habitantes de la isla, eran muy numerosos y se apoyaban desvergonzadamente sobre la guarnición. Por otra parte, los Cubanos de raza blanca ó mezclada, que se hallaban empeñados en las luchas directas de intereses con los Españoles privilegiados, no osaban rebelarse mientras participaban en el crimen de la esclavización de los negros y temían una insurrección servil; por último, los mismos negros, repartidos sobre un extenso territorio donde era difícil toda concentración de esfuerzos, no podían dar un carácter general á sus sublevaciones, casi siempre locales, dirigidas contra un amo ó un capataz aborrecido, y el número rápidamente creciente de emancipados introducía entre Africanos y Africanos, una rivalidad de intereses y de simpatías. Además, la vigilancia de la isla era fácil: los barcos podían sin dificultad bloquear los principales accesos de la costa, y la forma muy estrecha de Cuba permitía á un ejército español dominar bien todo el interior del país. Así se explicaba en cierto modo la tenacidad del gobierno español como dominador de Cuba, pero ¿qué hombre de Estado hubiera podido contar á la vez con la extinción pacífica de la esclavitud y con la constante longanimidad de los rudos y poderosísimos vecinos del Norte, los mercaderes americanos? La pérdida de Cuba, de Puerto Rico y de las islas Vírgenes, sólo era para España una cuestión de tiempo.

Como la península Ibérica, después de su ensayo de república federal, Francia, después de la Commune, se halló arrastrada por un movimiento de reacción extremada; pero, lo mismo que en España, era imposible á los gobernantes franceses ir hacia el pasado tan lejos como deseaban y como la lógica les exigía. En primer lugar no osaron restablecer la monarquía, que era precisamente su primer deber de «rurales» y de cristianos. La terrible resistencia de aquel París que odiaban, de que habían huído y que, sin embargo, les fascinaba, les llenaba de terror, viéndose obligados á prometer, á ofrecer garantías que hubiera sido difícil recusar en seguida. A lo menos, los hijos de los comunistas asesinados, viendo las cosas desde un punto

de vista elevado, pudieron atestiguar la victoria de sus padres, puesto que en la conservación de la palabra «República» había á pesar de

N.º 463. Invasión de la filoxera.
(Véase pág. 280).



Distritos fuertemente filoxerados en 1880 . . . en 1905
 „ débilmente atacados „ „
 „ libres de la plaga. „ „

1: 7 500 000

0 100 250 500 Kil.

todo el reconocimiento de un principio nuevo, el del derecho del hombre substituyendo al derecho divino. Bien lo comprendían los fanáticos reaccionarios, pero estaban ligados é impedidos por un con-

junto de circunstancias que les impedían retroceder saltando sobre el siglo hasta los años que precedieron á la fecha fatal de 1789. Hasta el mismo rey que habían escogido, y al que reconocían el doble privilegio de reconciliar las dos ramas de la monarquía, puesto que el heredero natural del conde de Chambord era el nieto de Luis Felipe; ese mismo rey, verdaderamente providencial, se negó en el momento oportuno á arriesgar la aventura de una restauración. La monarquía se vió obligada á abdicar por impotencia senil; pero mucho tiempo después de su defunción, los muertos gobiernan á los vivos: la « República sin republicanos », tal fué la fórmula casi oficial del régimen instaurado en la Francia vencida. El espectáculo de ese estado de cosas ilógico fué á la vez lamentable y risible; era una mezcla de supervivencias incongruentes. La situación política de un país cuyos ciudadanos parten de principios opuestos no puede ser provisionalmente más que el caos.

Otra calamidad cayó sobre Francia. La masa de la nación, muy económica, después de haber sufrido la terrible destrucción causada por la guerra, fué asolada por la filoxera, desastre comparable al anterior: no puede evaluarse en menos de diez mil millones la pérdida real sufrida por una región de Francia, precisamente la que había escapado á la otra invasión¹. Y esa pérdida de dinero era todavía poca cosa comparada con la paralización del trabajo, que, produciéndose en toda una industria nacional, amenazaba cambiar los hábitos tradicionales, y los modificaba poderosamente, en efecto; desplazaba las poblaciones, por decirlo así, y cambiaba el alma de una parte notable de la nación. Muchos departamentos donde no se conocía la miseria, donde el bienestar general era la regla, como el Hérault y la Gironda, fueron gravemente atacados en su proletariado agrícola, reapareciendo allí la mendicidad. Las propiedades, muy depreciadas, cambiaron de poseedores, y en muchos puntos se constituyeron grandes propiedades, con la reunión de centenares de viñas arruinadas cuyos antiguos propietarios se habían visto obligados á abandonar el país. Mientras que la mayoría de aquellos á quienes había herido el desastre se volvían hacia el gobierno para pedir, unos socorros,

¹ Gabriel Hanoteau, *Nouvelle Revue*, 15 Noviembre 1902.

otros destinos, algunos hombres de iniciativa se ingeniaban buscando mejores procedimientos de cultivo ó creando nuevas industrias; otros fueron á establecerse en Argelia ó en colonias lejanas. Es indudable también que la propagación de la filoxera ha contribuido á aumentar en el campesino francés esa prudencia que le distingue acerca del aumento de su familia: por falta de confianza en el porvenir, limita el número de sus hijos, y Francia, donde la juventud escasea, disminuiría en población si los inmigrantes Belgas, Italianos, Suizos, Germanos y Eslavos no vinieran á rellenar los vacíos.

A este respecto, las demás naciones civilizadas del mundo, á excepción de ciertas comarcas donde domina el elemento burgués — tales como el país « sajón » en Transilvania, y muchos distritos de Nueva Inglaterra, — no se dejan dominar por el mismo espíritu de prudencia, y la población aumenta en el conjunto de los Estados en que los economistas formulan regularmente sus cuadros estadísticos; pero desde otro punto de vista, Europa y las naciones europeizadas se aventuran menos á la ligera que antes en los conflictos diplomáticos y en las violencias á mano armada. El terrible choque franco-alemán parece haber inspirado prudencia á los conductores de los pueblos. Aunque en ninguna otra época de la historia se hayan hecho en el mundo, en proporción de los recursos nacionales, tantos gastos de guerra; aunque los ejércitos hayan excedido mucho en número y en sabia organización á todas las masas de hombres de que los grandes capitanes se hayan hecho seguir hasta el presente, y aunque los almacenamientos de fuerzas destructivas hayan representado gradualmente en el presupuesto un conjunto que se hubiese considerado imposible, aun bajo un Napoleón; sin embargo, las naciones de Europa, militarizadas hasta el extremo, se limitan á observarse con maligna desconfianza, aunque hablando de paz, de respeto de los tratados y de la solicitud de los gobiernos por la felicidad de los pueblos. Cada nación emplea millones y hasta miles de millones en blindar sus fronteras y sus barcos, en llenar sus arsenales de obuses y sus cuarteles de carne de cañón. La guerra ha sido proclamada santa, evocadora de fuerza y de valor; hasta el

gran estratégico de las victorias alemanas, de Moltke, se dignó últimamente romper su silencio habitual para declarar que la paz universal «no es un hermoso sueño». Sin embargo, los pueblos civilizados no osan arriesgarse en las bellas realidades de nuevas guerras y de nuevas matanzas.

Desde la capitulación de París, la Europa llamada cristiana ha permanecido en paz armada, y la guerra sólo se ha producido en la península de los Balkanes, donde los Rusos, so pretexto de las matanzas y de los grandes horrores cometidos en los países eslavos de Turquía, contaban con fáciles triunfos. Pensábase que el hombre enfermo no osaría resistir al «coloso del Norte». Resistió, no obstante, y las peripecias de la guerra ruso-turca, 1877 y 1878, fueron tales que hicieron dudar todavía más á los fautores de luchas armadas, y evidenciaron cómo tales aventuras, en caso de resistencia firme, pueden ocasionar terribles percances al asaltante. No hay duda que Rusia era con mucho la más fuerte en hombres y en material de guerra, y, despreciando á su enemigo, contaba confiadamente con un éxito rápido; pero los generales cortesanos que rodeaban al soberano, marchando al alcance de su triunfo, le hicieron asistir á grandes desastres. Por lanzarse precipitadamente á través de los Balkanes camino de Constantinopla, el ejército ruso fué atacado por los flancos y se vió obligado á mantenerse á la defensiva; después vino á chocar imprudentemente contra los muros de Plevna, dejando las largas pendientes cubiertas de cadáveres. Se comprendió entonces el cambio que los progresos de la balística habían operado en las condiciones de la guerra, aumentando las ventajas de los sitiados resueltos que esperan tranquilamente al enemigo. Sin embargo, la desigualdad de las fuerzas y de los recursos era demasiado grande entre los beligerantes para que la victoria definitiva no quedara para los Rusos, ayudados por los Rumanos; pero tampoco esta vez lograron su objeto: Tsarograd, «la ciudad de los Czares». Poco seguros sobre la actitud de la ciudad populosa y sobre la de la flota inglesa, se detuvieron en el arrabal de San Stefano, donde (1878) dictaron una paz humillante á los Turcos, dejándoles apenas poner un pie en tierra de Europa, bajo la alta inspección del vencedor.

N.º 464. Disminución de Turquía durante el siglo XIX.



Este mapa está á la escala de 1 á 10 000 000.

Rusia ocupó parte de Besarabia en 1812. Hacia la misma época Servia obtenía una semi-independencia. En 1829, Rusia avanzó hasta el Danubio é hizo reconocer á Valaquia y á Moldavia (unidas en 1861) un estatuto especial. Grecia llegó á ser Estado independiente en 1830. En 1856, la Besarabia del Sud fué dada á Moldavia.

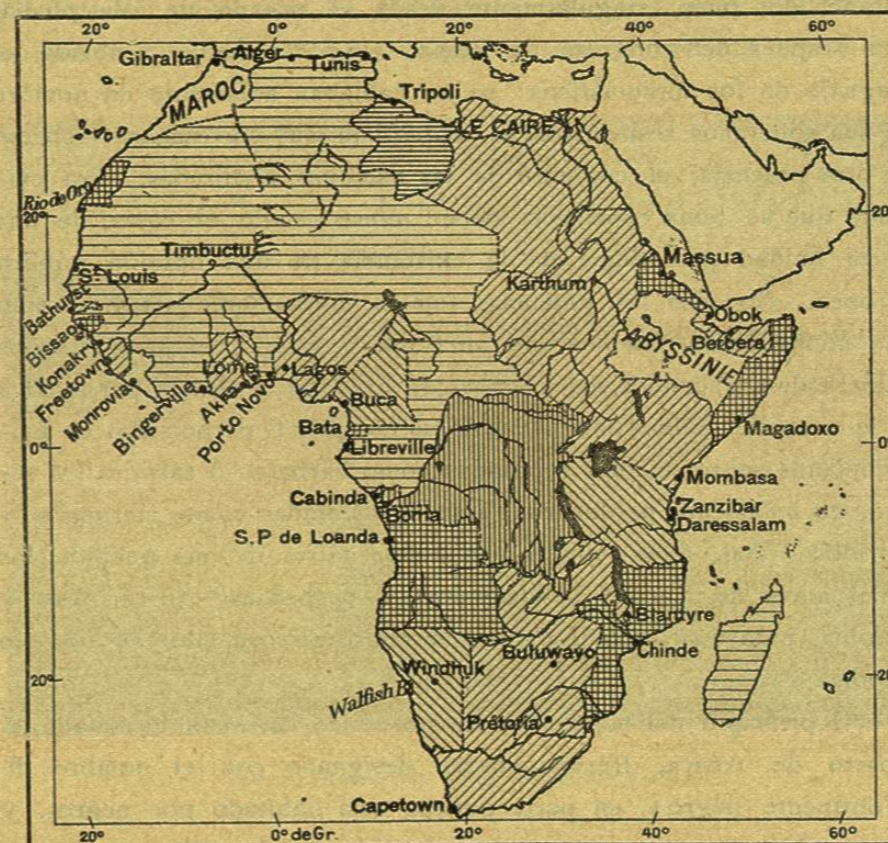
En 1878, Rumanía hubo de evacuar la margen derecha del Prut, pero obtuvo la Dobruja; Servia se engrandeció con el distrito de Nich, y Montenegro con una banda de territorio que comprendía Dulcigno; Bulgaria fué desprendida de Turquía y Rumelia quedó dirigida por un gobernador cristiano; Bosnia y Herzegovina fueron entregadas á Austria y el distrito de Novi-Pazar (N. P.) se ocupó en conjunto.

En 1881, Grecia obtuvo Thessalia; en 1885, Rumelia se unió á Bulgaria; en 1897, Creta fué declarada autónoma bajo un gobernador heleno.

Sin embargo, ese gran cambio de equilibrio en la fuerza relativa de las grandes potencias europeas era demasiado considerable para que éstas no pidieran revisar el contrato, y enviaron sus ministros á Berlín bajo la presidencia del conde de Bismarck, considerado como una especie de decano en los consejos de la fuerza, y allí se hizo sin apelación el nuevo reparto de los territorios de la Balkania y del Asia Menor entre los Estados. Servia y Montenegro, emancipados del feudalismo turco, recibieron un aumento de territorio; Bulgaria se constituyó en principado tributario, y Rumania, al sud de los Balkanes, quedó provincia turca: la nacionalidad búlgara resultó así cortada en dos; era necesario conservar elementos de intrigas y de guerras futuras. Rumania fué pagada por la ayuda que prestó á Rusia en un momento peligroso con la pérdida de la Besarabia, y se le dieron los pantanos de la Dobrudja en cambio de la provincia fértil y populosa que se vió obligada á abandonar. Los Rusos se tomaron, naturalmente, una buena parte del territorio de la nación vencida: á la Besarabia de Europa unieron una banda del Asia Menor en la que se halla la plaza fuerte de Kars y el puerto tan felizmente situado de Batum. En cuanto á Austria, que había prestado algunos servicios diplomáticos, recibió en cambio una pequeña abra en el Adriático, y regalo mucho más importante, la gerencia indefinida de las dos provincias eslavas de la Bosnia y de la Herzegovina, grandes trozos de la península balkánica, á propósito para redondear el imperio austro-húngaro, modificando la extraña forma que le daba el largo corte del litoral de la Dalmacia. Para todos hubo, hasta Persia sacó una parcela de tierra. Por último, la Gran Bretaña, que pudo considerarse vencida al mismo tiempo que Turquía, á la que no había podido socorrer eficazmente hasta el último momento, debió al talento de su plenipotenciario lord Beaconsfield, la cesión de la isla de Chipre, mediante pensión, así como una especie de protectorado sobre el Asia Menor. Sin embargo, esta última cláusula, que hubiera exigido gran despliegue de fuerzas lo mismo que grandes desembolsos, ha quedado casi letra muerta, aunque la nación inglesa hubiera podido aprovechar esta situación para hacerse la protectora eficaz de los Armenios y asegurar así una poderosísima clientela en aquel pueblo inteli-

gente. Otras estipulaciones del tratado de Berlín fueron también escritos vanos, entre otras, aquella por la cual la Puerta se comprometía á distribuir por igual la justicia entre todos sus súbditos,

N.º 465. África recortada en posesiones europeas.



1 : 75 000 000

0 1000 2000 4000 Kil.

La Gran Bretaña ocupa Egipto, Sudán, etc., desde el Cairo á Mombasa, el África meridional desde Blantyre á Capetown, además domina en Bathurst, Freetown, Akka y Lagos, y por último en Walfishbay, Zanzibar y Berbera. — Las posesiones francesas dan al mar en Argel, Túnez, San Luis, Konakry, Bingerville, Porto-Nuovo y Libreville, y del lado opuesto del continente comprenden Madagascar y el territorio de Obock. — Alemania se ha instalado en Daressalam, Windhuk, Buca y Lome. — Turquía conserva Tripoli. — El rey de los Belgas, bajo el nombre de soberano del Estado independiente del Congo, reina en Boma. — Italia posee Massua y Magadoxo; España, Río de Oro y Bata; Portugal, Bissau, Cabinda, San Pablo de Loanda y Chinde.

sin excepción de raza ni de culto, y especialmente á proteger los agricultores armenios contra los bandidos kurdos: jamás promesa alguna fué más atrocemente violada.